

D 9257
C31



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



I

FUÉ una mañana, en el tren, regresando á Madrid de un viaje que en 1886 hizo Castelar á Valencia, acompañado de varios amigos, y en el cual hubo día de pronunciar tres discursos en tres centros diferentes, cuando el que esto escribe, impresionado con varios hermosos párrafos que le oyó consagrados á España, dijo al inmortal tribuno que algún día procuraría reunir los que pudiera de cuantos hubiese hablado ó escrito, para formar con ellos una colección que sería como devocionario sin igual para los españoles que comulgasen en la religión sublime de la patria. Ha llegado la ocasión de realizar aquella promesa, hoy, cuando se aproxima el tercer aniversario de la muerte del hombre incomparable que llenó con su patriótica figura la España del siglo XIX, y con su oratoria sublime el mundo todo (1).

(1) Debo consignar mi agradecimiento á la cooperación que me ha prestado el entusiasta y fidelísimo amigo de Castelar D. Pablo Turiel, quien, extraordina

010399

Pero nadie que lea los divinos párrafos que forman el contenido de este libro, puede ni debe sospechar que pretendemos exponer, con ellos, el discurso doctrinal que á su autor hubo de inspirarle el concepto que entraña ese vocablo. No se trata de realizar empresa semejante, ni hay por qué llevar el pensamiento á ella con este motivo, pues el estudio hondo y amplio que el genial tribuno y publicista hubo de hacer sobre tan grandioso tema, registrado queda en la sorprendente odisea de su vida toda, en sus copiosos libros, en sus inmortales discursos, en sus hechos afamados, en sus atrevimientos y omisiones, en sus primeros radicalismos revolucionarios y sus postreras rectificaciones gubernamentales... es decir, en cuanto pudo su existencia dar de sí, porque toda ella no fué otra cosa sino un poema consagrado á cantar el amor y el sacrificio que se deben á la patria.

Ahora no se trata de eso, ni de propósito alguno á fines sabios ó analíticos encaminado, sino de juntar en una especie de breviario los princi-

— — —
 rio conocedor de los discursos y escritos del inmortal tribuno, al extremo de que éste le consultaba cuando dudaba sobre circunstancias á ellos referentes, me ha proporcionado la mayoría de los fragmentos aquí coleccionados, y la comprobación sobre las fechas de su origen. Sin su concurso mi propósito hubiera tenido más limitado cumplimiento.

pales de aquellos inspirados y grandilocuentes párrafos, donde con ocasiones varias, ya de un debate parlamentario, ya de un discurso de propaganda, ya de un brindis en gigantesco banquete, ya de una crónica periodística remitida desde el destierro, ya de un artículo doctrinal, ya de un libro... el más grande orador de la Edad Moderna expuso, con términos que por nadie sino por él, y en tiempo ninguno hasta hoy se emplearan, aquella su fundamental y suprema pasión que fué como el objetivo de su existencia, el nervio de su organismo mental y el alma madre de todos sus otros sentimientos.

II

Abárquese con el pensamiento su vida y con ella toda su obra oratoria y publicista, y se advertirá que ningún afecto humano, ni ambición personal, asediaron á este hombre sino en tanto fueron un aspecto ó una forma, real ó simbólica, de esa pasión; y que sufría una idea fija, un culto idolátrico, un amor absorbente que le impulsaba sin descanso á componer bellísimas oraciones, que luego dedicaba como ramo de preciosas flores á su adorado ensueño.

Causa grande maravilla, cuando se leen sus estrofas, tanta rica variedad en la forma, expre-

sando siempre un solo invariable sentimiento; diríase de ellas que son como sangría de oro purísimo que moldea variadas artísticas figuras, ó como filtración caliza de una gruta, que guarnece suelos y techos con sorprendentes magnificencias, expresando siempre la unidad de la materia en la variedad infinita de la forma. Verdadero kaleidoscopio donde los fragmentos coloreados de metal y vidrio se multiplican y combinan, reproduciéndose en imágenes infinitas hasta simular arabescos, flores, dibujos, siempre nuevos y lindos, así sus citas, sus invocaciones, sus frases amorosas y sentidas se agrupaban, combinaban y reproducían, formando sublimes oraciones, salmos nunca oídos, que explican los transportes y arrebatos que determinaban en sus oyentes, y por qué se alzaban en masa las Cámaras y los públicos, con tempestades de aplauso y orgasmos frenéticos que solamente viéndolos se podían concebir.

Nunca el encanto de la forma en lengua hispana conmovió los pueblos como cuando le recibieron de labios de Castelar, ni gozó nunca el hogar español, aun en las más humildes aldeas, tan viva y sublime la música y poesía de la prosa, inspirando en hombres y mujeres, en sabios é ignorantes, en ancianos y niños, un sentimiento de españolismo que hacía declamar párrafos, páginas, discursos enteros, con altisonancias y

enardecimientos que inflamaban los corazones con fuegos desconocidos, y arrebataban las almas con nuevos ideales.

Se explicaba este efecto porque, en la magnificación de la patria, Castelar lucía toda la más rica pedrería de su elocuencia incomparable, cuanto puede expresar de más arrobador el verbo humano: invocaciones y citas históricas de sabio, suspiros ardientes y temblorosos de alma enamorada, ternuras delicadísimas de madre, estros místicos de anácoreta, lamentos conmovedores de víctima, apóstrofes varoniles de luchador, cantos de esperanza y arrogancias homéricas de triunfo, sentencias profundas de filósofo y floríferas garrulerías de poeta; todo aparecía junto, hermoso, arrobador, en un párrafo duradero, sostenido, dicho con un léxico excepcional, con períodos armoniosos, con magnificencias oratorias que arrebataban los ánimos, y confundían á orador y oyentes en una consagración grandiosa y sobrehumana del espíritu.

Fueran cuales fuesen el tono y la clase de argumentación que Castelar viniera empleando en el desarrollo de su discurso, en cuanto evocaba la patria y se apercibía á exaltarla, su cuerpo, sus ademanes y su acento adquirían adecuada solemnidad; el orador se transfiguraba; unción sublime se apoderaba de su alma, y surgía la oración, porque aparecía el creyente, el místico,

la pitonisa que siente dentro de sí las revelaciones de los dioses, y el iluminado dispuesto á todos los sacrificios.

Nos parece estarle viendo: Al sentir lo que era un verdadero conjuro de su espíritu, erigíase entonces dignamente su corto cuerpo ganando con la mayor estatura la mayor majestad posible de su físico; fijaba en el suelo la planta de sus pies; alzaba en actitud hierática sus brazos como apercibidos á taumatúrgicas consagraciones; reclinaba suavemente atrás su bien plantado y carnoso busto, quizás para recibir en su frente la luz increada del genio; clavaba en el espacio su vista, extática, como abismándola en impenetrables misterios y revelaciones de la historia hispana; balanceaba con leve y pausado movimiento su cerviz al compás de sus frases, y así, en esta su peculiar actitud, pálido y contraído unas veces, arrebatado y ardiente otras, con anuncios de congoja y lagrimoso á menudo, rezaba, mejor que declamaba, aquellos divinos párrafos, largos, majestuosos, tan sentidos y arrobadores que sometían á los oyentes al conflicto de un goce y un tormento indecibles, palpitantes los corazones, escalofriados los nervios, desasosegados los músculos, víctimas de emoción profunda que pugnaba por estallar y había necesidad imperiosa de reprimir un minuto, y otro minuto, y otro minuto.....

hasta que llegaba aquel postrero, redondo y amorosísimo período que permitía abrir las esclusas del entusiasmo, y ahogar con frenéticos clamores, vítores y aplausos, sus últimas palabras.

Conservará por vida mi memoria entre las impresiones más grandiosas que he sentido, ante los cuadros sublimes de la Naturaleza, por ejemplo, las cimas heladas de las cordilleras del Jura, el cráter del Vesubio, las ruinas del Coliseo, las grutas de Artá, el Parlamento de Londres..... la figura oratoria de Castelar en sus invocaciones á la patria, porque nunca la función sublime del verbo humano alcanzó, ni jamás alcanzará — ¡seguro estoy de ello! — ante mis sentidos, tan extraordinaria encarnación, calificada por el elocuentísimo Maura de antorcha que irradiaba su luz sobre todos, y estatua que contemplaba el mundo entero.

III

Pero quien haya de penetrar en la psicología de Castelar estudiando la razón de su especial patriótica figura, debe tener presente, entre otros factores de su complexión intelectual y sensitiva, su temperamento emocionable, y la evolución que sufrió su celebrado españolismo por las abrumadoras lecciones de la experiencia, forja-

da entre las hogueras revolucionarias de España.

Fué Castelar un individuo extremadamente sensible, muy emocionable, pronto á la agitación y á la ternura, cuyas delicadísimas vibraciones del alma, sinceramente ostensibles en la intimidad, refrenaba y encubría en los tremendos peligros y responsabilidades de la vida pública, manifestando, en cambio, aquellos arrestos y temeridades que dieron fama á su valor cívico, y hubieron de celebrar hasta sus propios adversarios.

Castelar en la intimidad revelaba tener una sensibilidad tan exaltada como la de una joven histérica, especie de caja de resonancia de sus impresiones, que así le hacían sufrir como gozar fuertemente, por ligeras que fuesen, induciéndole á las hipérbolas y magnificencias que tan fácilmente expresaba su oratoria asiática, y con tanto éxito sugería á sus oyentes.

No bastando su asombroso lenguaje á menudo para desahogar las copiosas ternuras de su espíritu, rendiales ojos y laringe, y era presa de congoja y llanto, al que se entregaba con sencilla ingenuidad para calmar su emoción profunda. Así vertía sus lágrimas, no ya solamente cuando la muerte de seres queridos, y otros grandes sufrimientos parecidos, rinden los más firmes caracteres y desarticulan la entereza del

estoicismo mejor templado, sino hasta cuando su alma sentía las sublimes abstracciones de la religión, la caridad, la historia, la patria, la madre, los lugares y recuerdos de la infancia, ó cualquiera de esos delicados ejes morales que forman los poderosos resortes del espíritu, y los sublimes ideales de la humanidad.

Quiero recordar y consignar aquí algunas ocasiones en que Castelar anegó materialmente su rostro con lágrimas copiosas, que un público pudo apreciar, y con ellas emocionarse tanto ó más que pudiera hacerlo escuchando sus más inspirados períodos.

Fué una en Valencia, cuando su viaje del mes de Marzo de 1888, una mañana en que acompañado de amigos y correligionarios, después de visitar la Lonja, el Mercado y la Audiencia, visitó la Casa de Misericordia. Como es de costumbre en estas visitas, escuchó ese fugaz examen que suelen hacer los profesores á los niños más locuaces y aplicados, curioseó con interés detalles referentes á la reglamentación de la enseñanza, y sintióse como penetrado de la obra de caridad, que, para bien de aquel batallón de tiernas criaturas, allí se daba. Llegó la ocasión de terminar, los alumnos de uno y otro sexo, agrupados en secciones formadas, debían partir ya para el comedor, y de pronto rompió á tocar un pasa-calle la banda de música de los

asilados; y entonces, á su compás, en correctas filas, con ruidoso y uniforme paso militar, se pusieron todos en movimiento, atronaron el aire con infantiles coros que se unían al bronceado metal de la música, las secciones se enroscaron en torno de Castelar y sus amigos para ganar la salida, y entonces también sintióse tan conmovido y espasmódizado el gran tribuno, que los que miramos su rostro pudimos verle pálido, retraído y mojado por un copioso gotear de lágrimas que, resbalando precipitadamente, caían sobre las solapas de su abrigo, sin que sus labios acertaran á decir una sola palabra.

Era la tarde del 23 de Diciembre de 1891 cuando los correligionarios de Cádiz le daban un banquete de almuerzo en Jerez de la Frontera, y llegada la ocasión de los brindis hablaron los Sres. Luque, jefe del partido posibilista gaditano, Rodríguez de la Borbolla, que lo era del de Sevilla, y Jiménez Mena; mas como el primero se lamentara con sentidas y cariñosas quejas, de que la ciudad donde vió la luz Castelar no fuera visitada esta vez por su ilustre hijo, hallándose cerca de ella, hubo de responder éste en su notable brindis á tan justa reconvención, y para expresar cómo adora y venera siempre el alma, sobre todos los demás lugares del planeta, aquél donde se vió la luz y se pasaron los primeros años de la infancia, ele-

vó su pensamiento á sublimes cantos, y enardecióse con tan apasionadas y tiernas reflexiones que, atropellado por la congoja y el llanto, cortó de pronto su discurso, materialmente ya imposible de pronunciar, y desahogó con ruidosos sollozos y abundantes lágrimas la emoción que embargaba su alma. ¡No hay que decir cómo estaríamos sus oyentes!

Fué otra vez en la mañana del 13 de Junio de 1897, día de la Santísima Trinidad, en la visita que hizo á la catedral de Toledo, que debió ser la última de las muchísimas que por vida hiciera á este afamado templo.

Sentía el eminente tribuno pasión grandísima por la antigua imperial ciudad, y en su templo se exaltaba de tal modo su espíritu, y evocaba tantos y tan augustos recuerdos históricos, que gustaba de enseñarla á los ilustres extranjeros, sus célebres amigos, cuando apetecía impresionarles con las grandezas históricas de España.

Le acompañábamos aquel día algunos amigos que habíamos ido de Madrid, y buen golpe de los que se habían unido en la ciudad, entre éstos su pariente D. Fernando Alvarez, á la sazón gobernador civil de la provincia; y muy de mañana habíamos examinado ya las principales maravillas y solemnes recuerdos, que con su habitual pericia y verbosidad nos enseñaba y explicaba, exponiéndonos una vez más aquel su-

blime cuadro que describió con inspirado párrafo en su monumental discurso de ingreso en la Academia de la Lengua. Las armonías del Renacimiento; los huesos de tantas generaciones sepultados bajo el suelo; los reyes y los próceres desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, y desde la gloriosa figura del cardenal Mendoza, hasta la trágica y decapitada del favorito D. Alvaro de Luna; los cambiantes de luz á través de los coloreados ventanales; las legiones de esculturas cinceladas por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete; los restos de los arzobispos que duermen y los cuerpos lapídeos de los arcángeles que velan; las ricas telas y vestiduras cuajadas de pedrería, los cuadros famosos y los retratos venerables; las tracerías de los alicatados muzárabes y los rosetones góticos... todo lo recorrió, examinó, explicó y magnificó con su palabra deslumbradora y su loca alegría infantil, con locuacidad exuberante, como colegial desenvuelto que desea lucir su sabiduría y desparpajo, saltando por contrastes desde la grandiosidad de la nave á la minucia del relicario, desde el rasgo moral del personaje fallecido á la delicadeza artística de la plata repujada, desde la luz de los cirios al símbolo de las esculturas... siempre inquieto, activo, golpeando cariñosamente en la mano al uno, dando codazos al otro, subrayando las ob-

servaciones, moviendo rápida su mano derecha, cuyo índice extendido apuntaba á mil sitios contrapuestos, esbozando contornos, trazando círculos, infundiendo en cuantos le escuchaban aquella vida opulentísima de historia, artes, religión y psicología que brotaba á raudales de su alma entusiasta y resplandeciente.

Así estuvimos hasta que comenzó la misa mayor, de la cual gustaba siempre mucho, y entonces ocupamos asientos á la derecha del presbiterio, y en silenciosa y recogida actitud asistimos al acto de la misa, oyendo sin perder una frase sermón muy bien pensado y dicho, que, por hallarme yo á su lado izquierdo, celebrábame con frecuencia en voz baja, como oración de buen predicador. En tal disposición llegó el supremo instante de adorar, y oyóse el seco golpe del pertiguero; doblamos todos la rodilla, y cuando callaron los sonidos del órgano, resonaron los toques de las argentadas campanillas, se difundió por el espacio el penetrante aroma de los incensarios, surgió de las naves el rumor general de la fervorosa muchedumbre que á una se postraba de hinojos, y, mirando al altar mayor, vimos, entre sus áureos resplandores, al ministro de Dios, único en pie entre miles de personas abatidas, alzando con solemne lentitud la sagrada Forma en sus trémulas manos, y entonces, curioseando el efecto de aquel cuadro en Cas-

telar, llevé la mirada á su rostro, y le vi anegado en copioso llanto, emocionadísimo, espasmodizado, presa su alma de un estallido de emociones sublimes que había ido acumulando poco á poco, y que se condensaban, en aquel solemne instante, por los símbolos de las muchas grandezas allí atesoradas.

El que siempre fué muy querido amigo de Castelar, D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, nos contaba que una noche, en Sevilla, presenciando el paso de las cofradías, en la hora tempranísima y solemne en que cruza la del silencio, tuvo una crisis de llanto ante la presentación magnífica y esplendorosa de la Macarena. He aquí el episodio:

La plaza de la Constitución está llena de gente, el cielo muy oscuro, y hay en la muchedumbre el recogimiento adecuado á la semana de Pasión y á la hora aquella de la avanzada noche, escogida por ser la en que llega á su colmo la solemnidad conmovedora de los misterios y las procesiones. La cofradía del silencio avanza por la calle de las Serpes, los cofrades se deslizan como fantasmas taciturnos y sombríos, y de pronto aparece el paso de la Virgen, convertido en un ascua de oro por irresistible conjunción de terciopelos bordados, cirios y preciosos resplandores metálicos; camina suavemente hasta llegar al palco donde estaba Castelar, da media

vuelta y se para frente á él. Entonces el gran tribuno, impresionado con aquel homenaje de consideración que no esperaba, se levanta de pronto, yergue y cuadra su figura, y elevando, como un hipnotizado, su mirada, la clava en el rostro fascinador de la Virgen, y empieza á llorar copiosamente, premiando con aquella hermosa y profunda emoción la honrosa cortesía de la parada. La hora avanzada de la noche, el sitio, la obscuridad del espacio donde todavía no clareaba por lejano horizonte el despuntar del día, la silenciosa muchedumbre allí aglomerada, las figuras tétricas y recatadísimas de los nazarenos, el resplandor fuerte de las andas, y el misterio de pasión que se respiraba por la ciudad toda, hirieron el espíritu de aquel hombre, siempre dispuesto á sentir las sublimidades del arte y de la religión, y pusieron en su rostro la más elocuente y humana de las oraciones: el llanto.

Pudiéramos citar algunos otros semejantes episodios, y demostrar con ellos que las ternuras de la caridad, los recuerdos de la infancia, las consagraciones de la religión, las bellezas del arte, las invocaciones á la madre patria... todo lo elevado y sublime, en fin, era reactivo para hacer vibrar la sensibilidad de este hombre singular; y que, á semejanza de Cicerón, Rienzi, Cronwell, lord Chatham, William Pitt y otros

muchos eminentes repúblicos, tenía esa fácil emocionabilidad que en lenguaje místico pudo llamarse *divino don de lágrimas*.

IV

Alma tan sensible hubiera podido agotar sus copiosas fuentes de amor y ternura en la mujer y en los hijos, donde los más apasionados hallan campos que devoran las mayores opulencias del sentimiento; pero Castelar huyó de todas estas aplicaciones, y profesando el principio, que muchas veces le escuché, de que la política, como el sacerdocio eclesiástico, es una religión que necesita de célibes, contrajo todo el riquísimo caudal de amores que podía haber derrochado en su vida de sesenta y seis años, á un solo inmenso culto: el amor á la patria.

Y haciendo de esta abstracción una encarnación palpitante, una belleza real y tangible, dotada de sublimes perfecciones, consagróla amores varios, que cambiaron con la edad y la experiencia. Allá, en los primeros años de su juventud, la amó con la irreflexiva y exaltada impaciencia de quien lo sacrifica todo á la posesión precipitada, y expresa su sentimiento con la seductora letanía de las frases ardientes y los pintorescos lauros. La patria era una visión seduc-

tora á la que había que aplicar los más dulces adjetivos; y los labios del inspirado tribuno crearon una encantadora y nueva deidad, que hizo palpitar con emociones nunca sentidas cuantos hogares españoles y americanos pronunciaban la hermosa lengua de Castilla. Mal calculador entonces de las tremendas é incontrastables fuerzas que rigen la vida de los pueblos y las evoluciones de la Historia, entregado á la deplorable inexperiencia en que incurren las ardientes imaginaciones de los apasionados políticos, siempre fáciles á la obra de desatar tempestades que luego no pueden reprimir, no acertó á comprender con cuánta exactitud la patria era un ser real, dotado de carne, sangre y nervios, de temperamento y hábitos, de idiosincrasia y fatalidades biológicas hereditarias..., y que, por esto, violentar los resortes de su organización y las leyes de su existencia con alteraciones y cambios bruscos, era condenarla á gravísimas enfermedades y á peligros de muerte, en vez de magnificarla y servirla. Su pasión honrada, su civismo puro y generoso, sufrieron un día terrible espanto y dolor ante la inesperada catástrofe; las tempestades nerviosas producidas y la anarquía de funciones desatada en el organismo nacional, hicieron caer de sus ojos la venda, y abriendo entonces su razón de joven alocado á las espantables enseñanzas de la experiencia, la cual de-